

La última lección.

Benedicto XVI y George Steiner sobre el final de la vida *

David Luque

Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)
E-mail: david.luque@urjc.es

Recibido: 16 de febrero de 2018
Aceptado: 25 de marzo de 2018

RESUMEN: En el año 2016, Benedicto XVI y George Steiner publicaron los que parecen ser sus últimos libros de entrevistas, ya no solo por la edad que ambos tienen o porque no hayan escrito nada sustancial desde entonces, sino por el propio contenido de los diálogos, en donde abordan temas relacionados con el final de sus vidas. Cuando se leen los dos libros en paralelo se percibe que existen lugares comunes sobre los que reflexionan. Sus docencias como fuentes de sentido de sus existencias. El arrepentimiento. El mal. El miedo a la muerte. La muerte misma. Dios. El amor. Este artículo proporciona esa lectura paralela de los temas a los que ambos regresaron. Porque, por una parte, no deja de ser interesante comprobar que, al final del camino, el Papa emérito y Steiner coinciden en regresar a esos mismos lugares. Pero también porque, y esto ya desde la perspectiva de los lectores, aprender a vivir es aprender a morir: identificar esos lugares permite, al menos, reflexionar sobre ellos en la propia existencia.

PALABRAS CLAVE: Benedicto XVI, George Steiner, docencia, muerte, mal, amor.

1. Introducción

Las coincidencias, en ocasiones, nos deparan regalos maravillosos. Estos años nos dejaron las últimas conversaciones públicas de dos de los intelectuales más relevantes del siglo XX: Benedicto XVI y George Steiner. Ni siquiera parece necesario leerlos para saber que

se están despidiendo. El libro de Steiner se titula *Un largo sábado*¹ y, en la portada, aparece tomando una taza de café o de té, probablemente en su casa de Cambridge, que es el lugar donde conversó

¹ G. STEINER, *Un largo sábado. Conversaciones con Laure Adler*, Siruela, Madrid 2016.

* Este artículo se ha realizado en el marco de una colaboración con el *Istituto Universitario Sophia* (Val d'Arno, Florencia, Italia).

con Laure Adler. Muestra una sonrisa contenida y mirando al título. Sabe que condensa la manera en la que podría interpretarse su vida y su pensamiento. Refiere a la triada viernes-sábado-domingo de los relatos de la Pasión, cuando Jesús, después de haber sido crucificado, es dulcemente amortajado y reposa en el sepulcro. Ese día de la calma tensa después de la violencia exagerada de los fariseos y los romanos, ese día previo a la resurrección, que existe para los que tienen fe pero que nunca llega para los que no, ese día en que el hombre se abstiene de casi cualquier actividad y se vuelve extraño para sí mismo, es la clave hermenéutica de Steiner.

Benedicto XVI es muchísimo menos expresivo, pero la fotografía escogida es más elocuente. *Últimas conversaciones*² es un título que no deja lugar a dudas al igual que su reciente carta al *Corriere della Sera* donde confiesa estar "interiormente in pellegrinaggio verso Casa". Peter Seewald, que ya le entrevistó en las dos ocasiones anteriores, regresó a la ciudad eterna una última vez. La fotografía de la portada, que probablemente sea uno de los trayectos que hacía en el interior de *Piazza san Pietro* en las audiencias

de los miércoles, Benedicto XVI aparece con la mano extendida, despidiéndose. En efecto, ambos se despiden. Pero, también, han cruzado la historia de la humanidad del siglo XX en primera persona. Por sus ojos ha transcurrido la Segunda Guerra Mundial. Por sus intelectos, los grandes centros del pensamiento occidental. Por sus despachos, los grandes hombres de la cultura y la política.

Con este ensayo, eso sí, no pretendo realizar una reseña de ambos libros ni ofrecer un perfil biográfico o intelectual. Tampoco busco reunirlos como en un esfuerzo por mostrar la relevancia de uno sobre otro. Lo que quiero es escuchar su última lección. Porque, en cierto sentido, aprender a vivir es con mucho aprender a morir para los que seguimos. Comprender qué hay en las últimas conversaciones de dos hombres que están despidiéndose permite conocer los elementos comunes a los que vuelven su mirada: algunas de las fuentes de sentido de su existencia, las emociones compartidas y sus miedos, que son los lugares donde se desarrolla la existencia de los hombres que ven lejano, todavía, el final del camino. Escribo, en fin, no como quien articula una teoría, sino como quien escucha y aprende.

² BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Mensajero, Bilbao 2016.

2. Dos testigos privilegiados del siglo XX

Que yo tenga constancia, Steiner solo citó a Benedicto XVI –al cardenal Ratzinger, entonces– en una ocasión. Se trata de un texto donde discutía acerca del estatuto esquivo de la verdad para terminar afirmando que, al parecer, solo el cardenal parecía saber dónde se encontraba. Podría interpretarse que existe otra alusión encubierta cuando habló de la cosmética de la Iglesia católica en el presente al modificar unas oraciones litúrgicas del latín para quitar unas alusiones al pueblo judío, que el mismo Benedicto XVI comenta en sus últimas conversaciones. Pero esas reflexiones, especialmente la última, se sitúan en un círculo concéntrico más amplio de acusaciones de antisemitismo al catolicismo incluídas, a su vez, en una de las constantes de su pensamiento: el esfuerzo por comprender lo judío, lo exclusivamente judío, para comprender los motivos no ya de la Shoah sino, más todavía, de la eterna diáspora semítica.

Porque las relaciones entre el judaísmo y el Libro constituyen uno de los cauces principales por los que discurre el pensamiento de Steiner. No solo porque crea que el destierro de la Biblia de los planes de estudio, siendo esta la gran interlocutora de todas las grandes obras de arte, forme parte de

una amnesia planificada. Es que en el Libro late la presencia viva de Dios y, por ello, todo el pueblo judío ha girado en torno al refinamiento de sus destrezas exegéticas y filológicas y las enseñanzas morales que se deducían de ellas. Gran parte del ejercicio intelectual de Steiner, especialmente el que se condensa en sus ensayos más que en sus trabajos académicos de teoría de la literatura comparada, ha girado en torno a comprender lo que sucedió en la Shoah. A comprender, sobre todo, cómo siendo Alemania uno de los pueblos más cultos sobre la tierra usó la palabra para convencer a un país de las atrocidades que cometió. Quizá, esta perplejidad se condense en la imponente figura de Heidegger, a quien pudo conocer en una ocasión, pero rehusó.

Heidegger apenas aparece en el pensamiento de Benedicto XVI y, cuando lo hace, es para remarcar que su filosofía estaba en boga durante sus años de seminarista y a la sazón lo cita en alguna ocasión, pero no para profundizar en él³. Por lo demás, tampoco su pensamiento volvió al episodio de la Segunda Guerra Mundial, que conoció de primera mano. Es, sencillamente, que Benedicto XVI decidió mirar al futuro⁴. Y en él, que estaba ocupado casi por entero por

³ Cf. *Ibid.*, 111.

⁴ *Ibid.*, 104-107.

la pregunta de qué podía aportar la teología al mundo que nacía, el episodio no cabía en sus preocupaciones teológicas, centradas, como dije, en el ejercicio de la teología y su dedicación a la docencia.

3. La docencia como fuente de sentido existencial

La dedicación a la docencia constituye tanto en Benedicto XVI como en Steiner una fuente de sentido de la existencia. Para ellos existe, en efecto, una unidad intrínseca entre su propio magisterio y su vida. Steiner lo formula de un modo más evidente. Dentro del contexto semítico en que se mueve su pensamiento recuerda que existe una bendición especial para las familias que cuentan, entre sus hijos, con un erudito o un profesor. «Eso me llena de dicha inmensa y de un orgullo desmedido»⁵, afirma. Incluso él mismo, en el papel de padre, se siente así. “Ahora mismo, uno de mis hijos (y no creo en los milagros) es decano de un *college* muy importante de Nueva York, tengo una hija que dirige las ciencias de la antigüedad en Columbia, un yerno que enseña literatura de Roma en Princeton”. Estas mismas afirmaciones, que formula en un contexto donde trata de comprender el genio judío,

le llevan a descubrir que el pueblo judío ha sido más proclive a la docencia que a la creación. Aunque volveré sobre ello más tarde, Steiner reconoce que le

«gustaría decir que hay en eso una dimensión biográfica, en la gran tradición judaica que tan a menudo me tocó traer a colación. Mi padre estaba convencido de que crear algo está bien, pero era muy sospechoso. Ser profesor es la condición suprema. Además, la palabra *rabbonim* (rabino) quiere decir profesor. Es una palabra puramente secular; nada sagrada. Ser un *rabbonim*»⁶.

En los márgenes de este mismo modo de razonar se sitúa Benedicto XVI al hablar sobre su docencia. Él, eso sí, antepone su vocación de pastor para ligarlo, después, a su ministerio. Puesto que al presbítero «le es inherente, por supuesto, el apasionado trato con la palabra de Dios, o sea, con lo que un profesor de teología debe hacer»⁷. Y continúa: «A eso se añade el dar testimonio de la fe, el confesar la fe, el ser –en este sentido– un ‘*confessor*’. Los términos latinos *professor* y *confessor* son filológicamente casi sinónimos, aunque la tarea va más en la línea de la confesión». Esta misma forma de comprender la docencia, casi como una profe-

⁵ G. STEINER, *op. cit.*, 37-38.

⁶ *Ibid.*, 130-131.

⁷ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 287.

sión religiosa, sitúa a ambos entre dos tierras.

La primera, la trascendente, que es Dios. Para ambos, la pregunta sobre Él es la condición de posibilidad de la educación. Steiner admite que existan personas que rechazan el postulado de una inteligencia creadora y, en consecuencia, militan en el más absoluto ateísmo, como algunos de sus compañeros en el MIT o en Cambridge. También comprende que haya quien recurra a Dios en la más absoluta desesperación. Lo que no alcanza a entender es la indiferencia ante la pregunta por el sentido. Porque esa pregunta, y en esto coincide con Benedicto XVI, ha ayudado a otorgar a Europa su fisonomía histórica. Ante la duda sobre el futuro de Europa, para la cultura y para la Iglesia respectivamente, ambos saben que el centro se mudará. El hecho mismo de que haya un Pontífice argentino lo demuestra. Pero, fuera de este *excursus*, en el otro extremo de la forma en que se comprenden a sí mismos como docentes no estaba Europa, sino sus estudiantes. La alarma de Steiner ante el hecho de que la mayoría de los jóvenes prefieran ser Beckham y no William Shakespeare es proporcional a su alegría cuando afirma que cuatro de sus discípulos le han superado⁸. Benedicto XVI no habla tan-

⁸ G. STEINER, *op. cit.*, 91.

to de sus discípulos como de sus maestros. Pero recuerda de los primeros dos cosas, especialmente⁹. Que entregaba las correcciones a lápiz con una letra diminuta -lo que le hace reír todavía¹⁰. Que, especialmente con sus doctorandos, «hay un grupo de personas que caminan conmigo, que tienen algo en común y que también deberían aprender unas de otras, de modo que aprendamos todos juntos y también aprendamos unos de otros».

No obstante, Benedicto XVI recuerda a sus maestros con tanta nitidez, lo que nos lleva a otra dimensión fundamental de la relación entre docencia y vida: siempre se puede aprender. «Amar el conocimiento, el pensamiento y las artes es un destino»¹¹, dice Steiner, para quien «ser judío es seguir siendo un alumno, uno que aprende»¹². Pero, quizá, el mayor aprendizaje que debe hacer el hombre, y ya no solo el judío en particular, es el de ser un invitado en la tierra. Esto tiene la petición de principio que ya he comentado, que debemos tener la deferencia de preguntarnos por nuestro Dios, pero revela al Steiner más personalista y esperanzado. Si bien es cierto que a la conclusión de ser invitado se llega

⁹ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 144.

¹⁰ *Ibid.*, 145.

¹¹ STEINER, *op. cit.*, 38.

¹² *Ibid.*, 47.

tras comprender que el pueblo judío ha debido ir de un sitio a otro continuamente, hay que saber que «en griego antiguo la palabra que se usa para designar al huésped, al invitado, y la palabra que usa para designar al extranjero, son el mismo término: *xénos*. Y si se me pide que defina nuestra trágica condición, diré que la palabra «xenofobia» sobrevive, se usa correctamente, todo el mundo la comprende; mientras que la palabra «xenofilia» ha desaparecido»¹³.

No hay, ya digo, ningún sitio que no merezca la pena visitar. Ningún sitio donde no merezca la pena vivir. Benedicto XVI sostiene lo mismo, pero en un contexto mucho más difícil de entender por las atribuciones otorgadas al pontificado en lo que a profundización y autoridad magisterial se refiere. Que «siempre se puede aprender»¹⁴, incluso siendo Papa, es algo que admite sin ambages. «En primer lugar, uno tiene que seguir aprendiendo qué nos dice la fe en nuestra época. Y hay que aprender más humildad, más sencillez, más pasión, más valor para oponerse. También, por otra parte, apertura y disposición a seguir hacia delante». La dificultad de esta respuesta es porque Benedicto XVI la responde en el contexto ya definitivo de la irrevocabilidad

del tiempo, de la proximidad de la muerte.

4. La incomprensión y el arrepentimiento

No deja de resultar curioso que ambos, en este contexto de su propio magisterio, sientan que en una medida importante fueron incomprendidos. Benedicto XVI lo interpreta como algo connatural al papado. «Si un Papa no recibiera más que aplausos», afirma, «debería preguntarse qué es lo que no está haciendo bien. Pues en este mundo el mensaje de Cristo, empezando por Cristo mismo, es un escándalo. Siempre encontrará oposición, y el Papa será inevitablemente signo de contradicción. Es un rasgo que le incumbe»¹⁵. Pero la comprensión de que esto sea así, de que haya sido así de hecho en su propia vida, no le impide pensar que ha tenido una existencia ciertamente compleja. Steiner ha sentido exactamente lo mismo y lo justifica en tanto que quiso comprender la lengua, la gramática y la literatura desde la trascendencia. Como concediéndole a Dios el beneplácito de la duda. «¿Por qué muchos de mis colegas universitarios en el fondo no me aprecian demasiado? ¿Por qué durante toda mi vida he es-

¹³ *Ibid.*, 40.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 287.

¹⁵ *Ibid.*, 51.

tado un poco al margen?»¹⁶. La respuesta que da Steiner tiene que ver también con que el creador de una obra de arte está a años luz del crítico o comentarista y la creación, la de la obra de arte, es, en el universo steiniano, un juego que solo puede comprenderse a la luz del génesis.

Pero la misma incompreensión daría pie a preguntarse si no hay algo de lo que se arrepientan: ambos creen que deberían haberse dedicado más profundamente a lo que amaban. En el caso de Steiner, y a pesar de haber hecho sus incursiones en el terreno de las artes, el arrepentimiento procede precisamente de no haberse osado a hacer literatura de un modo más decisivo. «Sobre todo, me arrepiento de no haberme arriesgado a intentar crear»¹⁷, confiesa y continúa, «he dibujado y pintado mucho cuando era niño. He publicado versos; me parecen muy malos. Pero los publiqué y tuvieron sus lectores. Después, a partir de cierto momento, la enseñanza se convirtió en mi objetivo, en mi vocación casi absoluta». Cuando profundiza en las razones que le llevaron a este camino, y pese a ese agradecimiento a la docencia que comentó, reconoce que tuvo miedo del grado de absorción que supone el arte. Lo que él, haciéndose eco

de Henry James, llama «*the real thing*», lo auténtico: «La entrega debe ser total. Riesgo de vida, de muerte, de desgracia, de deudas, nada importa si uno debe vivir lo absoluto, arriesgarlo todo»¹⁸.

Y concluye: «Me ha faltado esa convicción del valor del riesgo último». Las cosas de las que Benedicto XVI se arrepiente tienen que ver, también, con su magisterio. Con lo relacionado no tanto con el entramado teórico que creó como con la dimensión pastoral de su elección como Papa. Cree, en sus propias palabras, «que no siempre tuve fuerza para llevar a cabo las catequesis de forma tan interpelante y humana como me habría gustado»¹⁹. No tanto por su voz, que él mismo reconoce que era débil y «carente a menudo del necesario vigor», como porque no interiorizaba suficientemente los textos como para presentarlos con mayor libertad. «Pero cuando hay que hablar tanto y tan frecuentemente como ha de hacerlo un papa, uno se siente algo desbordado», finaliza.

5. El bien y el mal

La sustancia del arrepentimiento impone la presencia del bien y

¹⁶ G. STEINER, *op. cit.*, 130.

¹⁷ *Ibid.*, 128.

¹⁸ *Ibid.*, 129.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 283.

el mal. La realidad del mal en la conversación con Benedicto XVI aparece en la relación entre la fe, la duda y la “noche oscura”. Porque las palabras de Jesucristo, y pese a una vida dedicada a la teología, «se sustraen a la interpretación»²⁰ definitiva que a todos gustaría debido a «la grandeza del misterio». Esto no tiene que interpretarse como una distancia fiducial. Benedicto XVI llega a decir que «no tengo la sensación de que él esté lejos. Siempre puedo hablar interiormente con el Señor» para terminar reconociendo respecto de la noche oscura que han vivido algunos santos que, en fin, «Quizá no sea lo suficiente santo para verme envuelto por tamaña oscuridad». Las dudas en las que puede haberse visto envuelto el Papa emérito tienen que ver, sobre todo, con los momentos en que, en su entorno, «acontecen cosas humanas ante las que uno se pregunta cómo puede permitir el buen Dios algo así»²¹. En esos momentos, sostiene, «he experimentado la perplejidad de qué pensar de Dios, la pregunta de por qué existe tanto mal, etc., de cómo puede conciliarse eso con su omnipotencia, con su bondad. Eso me asalta una y otra vez, según la situación»²². Pero también reconoce que «cuanto más cerca estoy de

su rostro, tanto más fuertemente me percato de cuántas cosas he hecho mal»²³.

Steiner experimenta también esta perplejidad frente al mal, pero en su relación con las humanidades. Porque si bien Benedicto XVI reposaba en una fe que le permitía continuar, Steiner no ha encontrado una respuesta satisfactoria que le «permita comprender la inhumanidad radical que se esconde en el seno de las humanidades»²⁴. El arte, quiero decir los grandes textos, la gran música, los grandes poemas, «nos alejan de la vida, nos dan tal intensidad con la ficción que a su lado la realidad pierde color»²⁵. Y es ahí, en esa «náusea de irrealidad»²⁶ que provoca la realidad después de convivir con el arte, que le asalta la duda de si las humanidades, en lugar de humanizar, «nos impiden comportarnos como seres humanos más eficaces». «Solo sé una cosa», termina concluyendo, «los campos de exterminio, los campos de Stalin y las grandes masacres no han venido del desierto de Gobi; se deben a la alta civilización rusa y europea, se deben al centro mismo de nuestros mayores logros artísticos y filosóficos; y las humanidades no han ofrecido resistencia».

²⁰ *Ibid.*, 38.

²¹ *Ibid.*, 38-39.

²² *Ibid.*, 39.

²³ *Ibid.*, 40.

²⁴ G. STEINER, *op. cit.*, 98-99.

²⁵ *Ibid.*, 99.

²⁶ *Ibid.*, 100.

6. El misterio de la muerte

Y es así que el mal que han visto y el mal que pueden haber cometido ya en unas reflexiones al final de la vida, los lleva a pensar en el misterio de la muerte y el miedo que esto provoca. Pero la forma en que emerge este miedo en ambos, más que por la muerte en sí, se debe al hecho de convertirse en una carga. «Lo que me gustaría de verdad es no convertirme en un engorro para los demás mientras me voy apartando»²⁷, sostiene Steiner, «no ser un problema económico, social o humano para los demás». Benedicto XVI confiesa que «siento temor a convertirme en una carga para otras personas a consecuencia de un largo periodo de discapacidad. Eso me entristecería mucho»²⁸. Pero, en el miedo propio a la muerte, lo que oprime a Benedicto XVI es justo esa idea que comenté anteriormente, no que Dios pueda rechazarle, sino la realidad de «reconocer que podría y debería haber actuado mejor, en las [situaciones] que uno no ha sido del todo justo con las personas, con la realidad». Steiner observa la muerte en sí misma, y aunque critica la postura cristiana sobre la eutanasia y el aborto porque le parece «horri-

ble e indefendible»²⁹, comparte con Benedicto XVI el miedo a la muerte: «No me frote las manos, y sin duda siento tanto canguelo como el que más»³⁰. Sin embargo, ese miedo no le lleva a creer en Dios y quizá esa sea la clave de comprensión de sus diferencias en este punto.

Porque Steiner solo tiene

«una esperanza: que me dejen largarme cuando llegue el momento. He tenido una gran suerte, he vivido en las ciudades más bonitas que existen, entre las personas más fascinantes. He tenido alumnos estupendos. Mi matrimonio, y algunas cosas fuera de mi matrimonio, que son muy importantes para mí. No, he tenido una suerte increíble. [...] Espero que suceda rápido, y con cierta elegancia; en alemán se dice *Macht schenell!* (¡Date prisa!). Es una divisa estupenda»³¹.

Ambos sostenían que no se deja de aprender y, en consecuencia, los dos creen que se puede aprender a morir. Para Steiner, eso no se consigue con la filosofía, sino con el sentido común. «Estar cerca de la gente que queremos de verdad, decirse que ha sido estupendo estar juntos. Pero ya es

²⁷ *Ibid.*, 136.

²⁸ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 40.

²⁹ G. STEINER, *op. cit.*, 135.

³⁰ *Ibid.*, 134.

³¹ *Ibid.*, 136-137.

suficiente»³². Es así que «aprendemos a morir». Algo sobre lo que Benedicto XVI piensa «que incluso es necesario hacerlo»³³. Como en Steiner, ese aprendizaje consistiría no tanto en una adquisición filosófica o un acto material, sino «en aceptar la finitud de esta vida y en encaminarse interiormente hacia el encuentro con el rostro de Dios». Benedicto XVI lo hace envuelto en una meditación constante. «Pensando una y otra vez que el fin se acerca. Intentando hacerme a la idea y, sobre todo, manteniéndome presente a mí mismo. Lo importante [es] [...] el hecho de vivir con la conciencia de que toda la vida se dirige hacia un encuentro». Un encuentro que, en el espacio de la fe, consiste en «un último examen ante Dios. En que uno abandonará este mundo y se presentará ante él y ante los santos y ante los amigos y ante quienes no lo fueron tanto». Y ahí, en ese momento en que esté delante de él, Benedicto XVI le pediría «que sea indulgente con mi insignificancia»³⁴. En ese momento en que la muerte llegue, simplemente, Steiner espera decir «¡Vaya! Es sumamente interesante lo que sucede»³⁵.

7. La victoria del amor

Pero en ese espacio que transcurre entre la misma preparación y la despedida definitiva hay una última idea común que atraviesa a ambos. La necesidad del amor. Steiner lo concreta en ciertos domingos de resurrección en la historia de la humanidad, que vienen después de esa noche trágica del viernes con que comencé este texto, de ese sábado de incertidumbre «en el que no sucede nada, en el que nada se mueve»³⁶. Cuesta mucho imaginar ese domingo, «salvo (lo que es muy importante) en el ámbito de la vida privada. Los que tienen la alegría del amor han conocido esos domingos, ciertos momentos de epifanía, de transfiguración total»³⁷, que es el contexto en el que él mismo espera despedirse: «Estar cerca de la gente a la que queremos de verdad, decirse que ha sido estupendo estar juntos»³⁸. Que es el contexto en que Benedicto XVI comenzó a sentir el amor. «Lo sentí primero en mi casa, con mi padre, mi madre, mis hermanos»³⁹. Con esto finalizo este artículo en que he hecho simplemente como *postino* (Steiner), lo único claro que Benedicto XVI parece haber comprendido y sentido

³² *Ibid.*, 137.

³³ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 291.

³⁴ *Ibid.*, 40.

³⁵ STEINER, *op. cit.*, 135.

³⁶ *Ibid.*, 124.

³⁷ *Ibid.*, 125.

³⁸ *Ibid.*, 137.

³⁹ BENEDICTO XVI, *op. cit.*, 293.

ya al final del camino, al inicio del encuentro:

“He cobrado creciente conciencia de que ser amado y devolver amor a otros es fundamental para poder vivir, para poder decirse sí a uno mismo y poder decir sí a los demás.

Por último, cada vez he visto con mayor claridad que Dios mismo no solo es, por así decirlo, un gobernante poderoso y un poder lejano, sino que es amor y me ama; de ahí que la vida deba estar moldeada por él. Por esa fuerza que se llama amor”. ■

SALTERRAE



JUAN MARÍA URIARTE

El Espíritu Santo

*Vida para la Iglesia
y el mundo*

P.V.P.: 10,00 €

136 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

Si hay un gran olvidado por la Teología cristiana es el Espíritu Santo. Y, sin embargo, es el Espíritu el que manifiesta en cada instante la presencia viva de Dios en nuestro mundo. Con este libro, Monseñor Uriarte nos acerca a una visión más pastoral del Espíritu, como un auténtico motor dinamizador y renovador de la propia Iglesia, y especialmente, de la fe y experiencia espiritual de cada creyente.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
